

LECCIÓN

3

Creyendo en el Evangelio

IDEA CENTRAL

Nos hemos enfocado en las formas en que reducimos el Evangelio — lo negativo. Esta lección llama nuestra atención a lo positivo: ¿qué remedios ha dado Dios en el Evangelio para no reducir la Cruz y depender de nuestros propios esfuerzos?

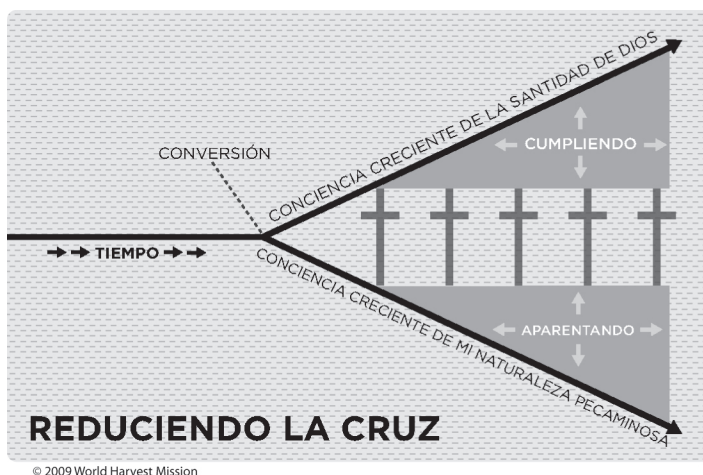
Lección 3

ARTÍCULO

Creyendo en el Evangelio

En las últimas dos lecciones usamos una ilustración para entender mejor el Evangelio y la forma en que funciona en nuestras vidas. La última vez consideramos nuestra tendencia a “reducir la Cruz” a través de aparentar y cumplir. En esta sesión queremos ver cómo una creencia fuerte y vibrante en el Evangelio nos libera de nosotros mismos y produce una transformación espiritual verdadera y duradera.

La raíz de la condición humana es una lucha por la justicia y la identidad. Anhelamos contar con un sentido de aprobación, aceptación, seguridad y significado — porque fuimos diseñados por Dios para encontrar todas estas cosas en Él. Pero el pecado nos ha separado de Dios y ha creado en nosotros un profundo sentido de alejamiento. Hablando de los judíos de aquellos tiempos, Pablo escribe, “Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia...” (Romanos 10:3). Nosotros hacemos lo mismo. Teológicamente hablando, aparentar y cumplir son solo dos maneras sofisticadas de establecer nuestra propia justicia. Cuando aparentamos, nos hacemos a nosotros mismos mejores de lo que somos. Cuando cumplimos, tratamos de agradar a Dios por lo que hacemos. Aparentar y cumplir reflejan nuestros intentos pecaminosos de asegurar nuestra propia justicia e identidad fuera de Jesús.



Para experimentar realmente la profunda transformación que Dios nos promete en el Evangelio, debemos arrepentirnos constantemente de estos patrones pecaminosos. Nuestras almas deben estar firmemente cimentadas en la verdad del Evangelio, de tal forma que mantengamos ancladas nuestra justicia e identidad en Jesús y no en nosotros mismos. De forma particular, las promesas del Evangelio de una justicia pasiva y de adopción tienen que ser centrales en nuestra manera de pensar y de vivir.

La justicia pasiva es la verdad bíblica de que Dios no sólo ha perdonado nuestros pecados, sino que también nos confiere la justicia activa de Jesús. Romanos 3 habla de una justicia de Dios que nos es conferida por medio de la fe: “Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la ley y por los profetas; la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él” (Romanos 3:21-22). Sobre esta justicia pasiva, Martín Lutero escribe:

Se llama “justicia pasiva” porque no tenemos que trabajar por ella... No es una justicia que podamos ganar, sino que recibimos por fe. Esta justicia pasiva es un misterio que alguien que no conoce a Jesús no puede entender. De hecho, los cristianos no la entienden del todo y a menudo no se benefician de ella en sus vidas

diarias... Cuando tenemos algún temor o nuestra conciencia está inquieta, es un signo de que nuestra justicia “pasiva” se ha perdido de vista y Cristo está escondido.

La persona que empieza a desviarse de la justicia “pasiva” no tiene otra opción más que vivir por una justicia de “obras”. Si no depende de la obra de Cristo, debe depender entonces de su propia obra. Así que debemos enseñar y repetir constantemente la verdad sobre esta justicia “pasiva” o “cristiana” para que los cristianos se sigan aferrando a ella y nunca la confundan con “obras” de justicia.

Lutero nos recuerda que si “nos desviamos de la justicia pasiva”, nuestros corazones se inclinarán de forma natural hacia el lado de la autojusticia (justicia por obras). Para combatir nuestra tendencia a reducir el Evangelio de esta manera, debemos constantemente arrepentirnos de las falsas fuentes de justicia y predicarnos el Evangelio a nosotros mismos, particularmente la verdad sobre la justicia pasiva. Debemos apropiarnos de la promesa del Evangelio de que Dios está satisfecho con nosotros porque está satisfecho con Jesús. Cuando abrazamos así el Evangelio, ver nuestro pecado no es algo que nos atemorice ni nos avergüence. ¡De hecho, da lugar a la alabanza porque Jesús murió por todo ello! ¡Esto es liberador, puesto que el pecado ya no nos define! Nuestra justicia está en Cristo. Las buenas noticias del Evangelio no son que Dios nos engrandezca a nosotros, sino que Dios nos libera para que engrandezcamos a Jesús.

La adopción es la verdad bíblica de que Dios nos ha aceptado en su familia como sus hijos e hijas por medio de nuestra unión con Jesús. Parte del trabajo del Espíritu Santo es confirmar esta adopción en nosotros: “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:15-16). Gálatas 4:7 expresa lo mismo con diferentes términos: “Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.”

Pero tal como nos desviamos de la justicia pasiva, también somos más propensos a olvidarnos de nuestra identidad como hijos de Dios. Vivimos como huérfanos en lugar de vivir como hijos e hijas. En vez de descansar en la paternidad amorosa de Dios, tratamos de ganar su favor cumpliendo con sus expectativas (o nuestro concepto equivocado de ellas). Vivimos como en una cinta de correr, intentando ser “buenos cristianos” para que Dios nos dé su aprobación. Para contrarrestar esta tendencia de reducir el Evangelio de esta manera, debemos arrepentirnos constantemente de nuestra manera de pensar como huérfanos y asimilar nuestra verdadera identidad como hijos e hijas de Dios. Por la fe, debemos abrazar la promesa del Evangelio de que somos adoptados como hijos de Dios. La justicia de Jesús nos ha sido dada sin obras (Romanos 4:4-8). No tenemos que hacer nada para conseguir el amor y la aceptación de Dios; Jesús lo ha conseguido por nosotros. Cuando nos apropiamos del Evangelio de esta manera, el nivel de exigencia infinito de la santidad de Dios ya no es algo intimidante o atemorizante. Nos lleva a adorarle, porque Jesús ha cumplido con las inalcanzables expectativas de Dios para nosotros. Nuestra identidad está en Él. La buena noticia del Evangelio no es que Dios nos vea con buenos ojos por lo que somos, sino *a pesar* de lo que somos.

A la raíz de todos nuestros pecados visibles yace la invisible lucha por la justicia y la identidad. En otras palabras, nunca dejamos de crecer en el Evangelio. Como Martín Lutero escribió: “Lo más importante es que conozcamos bien el Evangelio, que lo enseñemos a otros y que constantemente lo metamos en nuestras cabezas.” Cuando nos damos cuenta de nuestras tendencias a aparentar y cumplir – nuestros intentos para construir nuestra propia justicia e identidad — debemos arrepentirnos de pecar, y creer nuevamente en las promesas del Evangelio. Este es el patrón constante de la vida cristiana: arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe, arrepentimiento y fe. Conforme vamos caminando de esta forma, la raíz del Evangelio va profundizando más en nuestras almas y Jesús y su Cruz empiezan a ser “grandes” en la realidad de nuestras vidas diarias.

Lección 3

EJERCICIO

Autoevaluación:

HUÉRFANOS VS. HIJOS

Este es un ejercicio práctico que nos ayudará a revelar nuestras tendencias pecaminosas de manipular la vida y nuestra necesidad diaria de volver a Cristo. Este ejercicio te mantendrá humilde, lo cual es el primer paso para servir a Jesús y a los demás. Lee cada una de las descripciones de izquierda a derecha. Bajo la lista de “El huérfano” marca la casilla si ves esa tendencia en tu vida. Subraya las palabras que mejor te describen. Bajo la lista de “El hijo/La hija” marca la casilla que describe el área donde más deseas crecer y subraya las palabras claves.

EL HUÉRFANO	EL HIJO / LA HIJA
<input type="checkbox"/> Le falta una intimidad vital y diaria con Dios <input type="checkbox"/> Está ansioso por amigos, dinero, escuela, notas, etc. <input type="checkbox"/> Siente que a nadie le importa <input type="checkbox"/> Vive sobre una base de éxito/fracaso <input type="checkbox"/> Necesita quedar bien <input type="checkbox"/> Se siente culpable y condenado <input type="checkbox"/> Le cuesta confiarle las cosas a Dios <input type="checkbox"/> Tiene que arreglar sus problemas <input type="checkbox"/> No es muy enseñable <input type="checkbox"/> Se pone a la defensiva cuando le acusan de algún error o debilidad <input type="checkbox"/> Necesita tener la razón <input type="checkbox"/> Le falta confianza <input type="checkbox"/> Se siente desanimado o derrotado <input type="checkbox"/> Es tenaz con sus opiniones, ideas y agenda <input type="checkbox"/> Su solución para la derrota es: “Esfuéztrate más” <input type="checkbox"/> Tiene un espíritu de crítica (de queja y amargura) <input type="checkbox"/> Destruye a otros <input type="checkbox"/> Es “analista competente” de las debilidades de otros <input type="checkbox"/> Tiende a compararse con los demás <input type="checkbox"/> Se siente paralizado para vencer contra la carne <input type="checkbox"/> Necesita tener el control de las situaciones y las personas <input type="checkbox"/> Busca satisfacción en las “posiciones” <input type="checkbox"/> Busca satisfacción en las “posesiones” <input type="checkbox"/> Tiende a motivarse más por la obligación y el deber que por el amor	<input type="checkbox"/> Se siente libre de preocupación por el amor de Dios por él/ella <input type="checkbox"/> Está aprendiendo a vivir en relación íntima con Dios cada día <input type="checkbox"/> No tiene miedo de Dios <input type="checkbox"/> Se siente perdonado y totalmente aceptado <input type="checkbox"/> Confía diariamente en el plan soberano de Dios para su vida <input type="checkbox"/> Tiene a la oración como primer recurso <input type="checkbox"/> Está contento con sus relaciones interpersonales porque es aceptado por Dios <input type="checkbox"/> Ha sido liberado del peso de tener que hacerse un nombre <input type="checkbox"/> Está dispuesto a ser enseñado por otros <input type="checkbox"/> Es abierto a la crítica porque descansa en la perfección de Cristo <input type="checkbox"/> Es capaz de examinar sus motivos más profundos <input type="checkbox"/> Es capaz de tomar riesgos—aun de fracasar <input type="checkbox"/> Se siente animado por la obra del Espíritu en él/ella <input type="checkbox"/> Es capaz de ver la bondad de Dios en medio de las dificultades <input type="checkbox"/> Está contento con lo que Cristo le ha provisto <input type="checkbox"/> Confía menos en él/ella mismo(a) y más en el Espíritu Santo <input type="checkbox"/> Se da cuenta de su incapacidad de arreglar la vida, la gente y los problemas <input type="checkbox"/> Puede confesar libremente sus faltas a los demás <input type="checkbox"/> No siempre tiene que tener la razón <input type="checkbox"/> No tiene su valor en lo que las personas dicen o hacen <input type="checkbox"/> Experimenta más y más victoria sobre la carne <input type="checkbox"/> Considera a la oración como una parte vital de su día <input type="checkbox"/> Habla más y más de Jesús; es el tema central de sus conversaciones <input type="checkbox"/> Está real y plenamente satisfecho en Dios